

nes de perros, tenia sombras de tejamanil y petate, artículos de fácil combustion que ocasionaron muchas veces el incendio de esa plaza, en la que habia muchos figones; por esto se mandó que no estuvieran los puestos cercanos á la Universidad y al Real Palacio.

En las plazuelas que componian la plaza de Jesus, tambien habia multitud de vendedores en igual desorden, hasta que corrigió el mal Revillagigedo, y en las principales calles que eran las de Sto. Domingo, Relox y San Francisco, veíanse grandes puestos de fruta interceptando el paso. Tambien la plaza del mercado de Sta. Catarina era una reunion de sucias pocilgas, en las que se ocultaban los malhechores; allí era extremado el desaseo de una especie de alberca destinada á surtir de agua al público, en vez de tener alguna fuente.

Si de los mercados volvemos la vista hácia las calles en ese mismo año de 1789, las encontramos intransitables por el desaseo, pues al menor descuido se ensuciaba los piés el transeunte, y se pasaban muchos meses sin que fueran barridas; habia en todas las calles caños llenos de pestilente lodo, que por la evaporacion y el calor del sol y despues de llover, despedian miasmas deletéreos y repugnantes, presentándose además otra porcion de motivos para disgustar al transeunte.

Excepto en una que otra calle, veíanse en todas muladares, de mayores proporciones en las que tenian casas de vecindad, pues arrojada la basura á la calle, nadie la recojia. Sentados en los poyos de las puertas aparecian hombres y mujeres casi desnudos, y de los chiquillos ningun cuidado se tenia en las accesorias para conservar el aseo. Por los balcones y accesorias tambien arrojaban agua sucia á la calle, y por las puertas de los figones no era posible pasar, pues habia verdaderos charcos de grasa.

Las atargeas sustituyeron á los caños que impedian el paso de una acera á otra y despedian miasmas pestilentes que mucho mal causaban; estableció Revillagigedo carros que recogieran la basura y con esto se evitó que subsistieran los muladares en las calles, los que tambien impedian el paso y corrompian el aire con perjuicio de la salud.

De pronto la mano de Revillagigedo trasformó tanta deformidad en belleza, cual si hubiera tocado con varita mágica; en el año de 1792 habíase despejado la Plaza Mayor de los repugnantes jacales, puestos y sombras de petates viejos, y por consiguiente de las vendimias y comistrajos que causaban el desaseo; una nueva plaza llamada del Factor, fué la que guardó tanta baratija desterrada de la Plaza Mayor.

Contribuyó tambien á la gran trasformacion de la ciudad el establecimiento de banquetas en las aceras, y que se abrieran atargeas para quitar los caños y los puentes que estorbaban; Revillagigedo hizo que los reglamentos municipales se llevaran á cabo para que se barrieran y regaran las calles, y aunque no pudo de una vez desterrar ciertas costumbres, sí dió un fuerte impulso hácia el aseo, y desde entónces comenzó á tener la capital de la República el aspecto de civilizada que hoy manifiesta.

En los alrededores se abrieron nuevas calzadas, en las que se plantaron árboles, lo que dió á las entradas de la capital una vista muy distinta de la que por mucho tiempo tuvieron.

Uniformó Revillagigedo el alumbrado, con lo cual al mismo tiempo que facilitó el tránsito por las calles, favoreció la seguridad por medio de los serenos que, cuidando de los faroles ocurrían á dar el auxilio que se les pedia; ántes de que se estableciera esa mejora, aquel que queria tener seguridad, por la noche, llevaba consigo algun criado con teas ó linternas. Los serenos, en los primeros dias de su establecimiento, gritaban cada cuarto la hora que habia sonado y el tiempo que hacia.

La multitud de gente desnuda y miserable que se entregaba á la embriaguez por falta de industrias lícitas; la falta de recato en practicar á la luz del dia acciones reprensibles; la multitud de casas de juego; la lobrete de la ciudad, daban á México, ántes de la venida de Revillagigedo, un aspecto desagradable y repelente; con la poca tropa que habia no se podia garantizar el orden público y este era motivo para que con segura confianza se cometieran toda clase de crímenes. Por las noches era completa la soledad en las calles, el asesinato cometido en la casa de Dongo, de la que se extrajeron el coche cargado con veintidos mil pesos, dice bien cual era el abandono de las calles. La muger pública y el ladron andaban á sus anchas.

Hasta 1789, habia una costumbre originada de la inseguridad: reuníanse porciones de hombres y mugeres y salían á pasear por las calles, lo que llamaban *correr gallo*, costumbre que se prestaba mucho para cometer delitos; esas turbas cantaban, bailaban, bebían y comían desordenadamente en las calles; la manía de bailar era tal, que las noches en que en México no habia tres ó cuatro diversiones, se consideraban muy tristes. Revillagigedo estableció cuerpos de guardia, llamados *vivaques*, en diversos lugares para auxiliar á los serenos; patrullas de infantería y dragones recorrian la ciudad, yendo á rendir su jornada en el *principal*: con este arreglo los crímenes disminuyeron y la seguridad pública comenzó.

Habia en México una costumbre de la que mucho se abusó: salían á la calle porcion de beatas cubiertas enteramente con unos mantos que dando vuelta por delante, les llegaban hasta mas abajo de la rodilla, por cuyo disfraz se hacían inconocibles; y validas de él, muchas delincuentes iban por las calles impunemente despues de cometer locuras ó devaneos, no faltando jóven que en casa de alguna amiga tomara el manto y pasara por la calle delante de sus padres sin ser conocida. Revillagigedo cortó el abuso y las verdaderas beatas anduvieron con el rostro descubierto.

Hasta 1789 cada individuo del pueblo de México se consideraba con derecho incuestionable para disponer de las calles como de cosa propia; donde habia un derrame de agua ménos sucia allí formábase un lavadero y se ponía una cuerda para secar la ropa, atando los extremos de la cuerda de dos rejas bajas ó estacas fijas en la pared, y distantes entre sí cuatro ó seis varas, apoyando el centro en un palo, y para que el *terredero* se mantuviera en la misma posicion le colgaban una piedra de peso suficiente. Además, interrumpian el tránsito los muchos puestos de vendimias que habia en la ciudad, y hasta los zapateros *de viejo* levantaban en la calle

pequeños cuartos de estera ó petate, en el sitio que les parecía y allí permanecían á pesar del disgusto de los vecinos.

Los caballós domésticos eran atados á las rejas de las calles y las mulas de los coches salían á revolcarse en público, los cocheros lavaban los carruajes en medio de las calles y con agua inmundada y los rebaños de vacas recorrían las calles alimentándose con la basura.

En todos los establecimientos de artesanos usábanse las calles para cuanto las juzgaban necesarias, veíanse á cada paso ya sombreros asoleándose, ya cordobanes que el zapatero sacaba con el mismo fin, ó ya lumbradas calentando la cola de qué usaban los carpinteros. Todos los vecinos se consideraban con derecho para arrojar á la calle el agua sucia ó lo que les estorbaba en su casa, teniendo que sufrir los transeuntes y originándose riñas á cada paso. Los males crecían considerablemente cuando llovía, acabando de dar el último colorido á ese cuadro, la multitud de perros, que, sin pertenecer á nadie, vagaban por las calles, entraban á las casas á robar lo que podían para alimentarse y molestaban día y noche con perennes ladridos, mordiendo á quien desconocían. También vagaban por las calles multitud de cerdos que destruían el empedrado y removían los caños, con notorio perjuicio del público. El conde de Revillagigedo corrigió tanta irregularidad, tan solo con hacer que los reglamentos de policía fueran observados; proporcionó aseo y seguridad; puso llaves en las cañerías para tomar el agua limpia; quitó los embarazos de las calles y hasta su venida permanecieron los tejados en las puertas que estaban cubiertas en su mayor parte por lienzos pintados á manera de telones, principalmente en las tiendas; arregló los mercados desterrando en gran manera los jacales rotos y desordenados; dejó enteramente libre el frente de Palacio; estableció varias plazas é hizo principal la del Volador, en la que desde luego hubo noventa y seis cajones exteriores de madera y otros tantos en el interior, además ochenta puestos y casillas movibles y en el centro una fuente de madera que solamente daba agua al que quería extraerla; á ese mercado concurrían diariamente un rejidor y un diputado de ciudad, para examinar la calidad de los efectos y mediar en las discordias que aparecieran; hasta la hora de retreta permanecía abierto el mercado, bien iluminado y en seguida lo custodiaba una fuerza competente de seguridad pública.

Reglamentos especiales corrigieron los abusos en la venta del pan y la carne; compúsose entónces algo el interior del Palacio, que era visto como un meson y en su mayor parte lóbrego; formó Revillagigedo el paseo de la Viga, el de la garita de la Candelaria y el del puente de los Cuartos á la Piedad; y de tal manera desarrolló sus vastos proyectos, que cada piedra de esta capital viene á ser un panegirista veráz del benéfico conde.

Revillagigedo aseó el Palacio, lo iluminó é hizo componer y adornar las capillas alta y baja, las salas de Audiencia y Acuerdo, el Tribunal de cuentas y las piezas de las cajas reales. Dentro de Palacio había ántes almuercerías y figones, y aunque entraban los coches de los ministros y particulares, parecía mas bien meson.

pues las piezas interiores bajas, servían de bodegas para que los vendedores de la plaza encerraran sus vendimias y comistrajos y aun para dormir allí, porque las alquilaban como en los mesones. Por esto estaba aquel local siempre tan sucio y aun en los corredores habia algo que apeataba constantemente, habiendo en las paredes mingitorios improvisados; solamente en una que otra pieza habia elegancia: la sala de Audiencia estaba tapizada de terciopelo carmesí.

X.

Los excesos eran públicamente de tal magnitud, que los Padres de la Profesa le pusieron cerco al átrio de la iglesia y taparon todas las cavidades que habia en las basas del edificio y que mucho lo hermoseaban; tan solo con el fin de cortar el mal.

Las acéquias estaban siempre asolvadas hasta el bordo, sin que corriera agua. Antes de que Revillagigedo estableciera el sistema de atargeas, habia en cada casa letrinas que de tiempo en tiempo se limpiaban con mucha molestia para el público. La acéquia que pasaba por Sta. Isabel, puente del Mariscal, de Amaya y Misericordia, fué cegada en el gobierno de Revillagigedo, pues mas que tener agua colmábanla las basuras, cajetes rotos y cuanto desecho querían arrojar los vecinos, y la manera que tenían de limpiarlas consistía en extraer el lodo y colocarlo en la orilla, dejándolo allí. De esas y otras acéquias extraíanse constantemente ahogados, principalmente de los concurrentes á las tabernas y pulquerías cercanas, siendo de notar que en la fuerza de las aguas se anegaban las calles colindantes de las acéquias, tales como las de San Francisco, Coliseo, Espíritu Santo, la Palma y Chiquis, y también las de San Lorenzo, Misericordia y Sto. Domingo.

En las fiestas de la Pascua de Espíritu Santo, despoblábase la capital para concurrir á San Agustín de las Cuevas, donde se jugaban gallos, cartas, se bailaba y se cometían locuras apenas concebibles. Para que los vireyes viesen las procesiones y paseos públicos, desde los balcones de Palacio, se colocaba una vela ó toldo, que se fijaba de las almenas del Palacio y en cuatro grandes vigas clavadas en la calle, haciendo un feo conjunto y expuestos los curiosos á que el toldo, impulsado por el viento, arrancara alguna almena y la arrojara sobre ellos; por disposición de Revillagigedo se hizo un toldo de mejor tela y se afianzaba á la pared por medio de fierros y botalones de madera, en los que el toldo se colocaba con la mayor facilidad.

Tenían obligación de hacer la enramada de la procesion de Córpus los indígenas de los alrededores de la capital, y como el trayecto que recorría era extenso, perjudicábanse grandemente esos indígenas, hasta que el benéfico virey los eximió de tal obligación mandando hacer el toldo que durante muchos años continuó usándose.

Tales fueron los cambios que en su policía y costumbres alcanzó la capital al terminar el siglo XVIII.

XI.

Uno de los mayores escándalos que presencié México, al terminar ese siglo, fué el proveniente del asesinato que se cometió en la familia del Sr. Joaquin Dongo, que vivía en la casa número 13 de la calle de Cordobanes. Once personas que componían la familia y servidumbre fueron asesinadas de la manera mas cruel y violenta; todas las víctimas quedaron con porcion de heridas y los cráneos hechos pedazos. El robo fué de veintidos mil pesos, pero los asesinos creyeron apoderarse de trescientos mil en oro.

El conde de Revillagigedo que gobernaba entónces, dictó activas disposiciones, pero ningun resultado favorable habria obtenido, si la casualidad no llega en su auxilio. Un relojero que pasaba por la calle de Sta. Clara, observó que de dos personajes que conversaban tenia uno de ellos una gota de sangre en el peinado. Dió á saber su sospecha; pero Aldama, así llamado el sospechoso, aseguró que la sangre le habia caido en la plaza de gallos.

Reducidos á prision D. Felipe Aldama y sus íntimos amigos D. José S. Blanco y D. Baltazar Quintero, aunque negaron su crimen, despues de un activo proceso en el que cayeron en notorias contradicciones, fueron declarados culpables y convictos y confesos, ahorcados en un tablado que se tapizó con tela negra, colocado entre la puerta principal de Palacio y la cárcel de Corte, quebrando el verdugo los machetes y varas de que se habian valido los criminales para cumplir sus proyectos.

El cadalso, colocado en la plaza, tenia mas de tres varas de alto, diez de largo y cinco de ancho, entapizado y guarnecido de balleta negra hasta en los palos. La ejecucion fué el sábado 7 de Noviembre de 1789; á gritos pedian misericordia los reos acompañándoles los hermanos de la Caridad; despues del paseo por las calles centrales, se verificó la ejecucion de la sentencia. Los reos fueron auxiliados en la cárcel y capilla por padres fernandinos y por el rector de las cárceles, Bachiller D. Agustin Montejano; ante el altar hicieron una tierna y lastimera oracion y en seguida fueron separados por medio de biombos.

Los reos salieron de la prision con traje talar y gorras negras, en mulas enlutadas, á son de clarín y voz de pregonero que manifestaba sus delitos por las calles principales y acostumbradas; llegados al suplicio se les dió garrote, poniendo el bastón y armas homicidas á la vista del público; verificada la ejecucion apartaron y destrozaron los cuerpos por mano del verdugo, cortándoseles las manos derechas, que se fijaron en escarpías en la casa en que se habian cometido los homicidios, y las otras fueron clavadas en las paredes de la accesoría donde se halló el robo; el dinero y demás del robo fué entregado á la archicofradía heredera.

Los hermanos de la Caridad hicieron á los cuerpos de los ajusticiados, en la parroquia de la Sta. Veracruz, un entierro solemne.

MEXICO EN EL SIGLO XIX.

XII.

Llegamos al siglo de que vá á ocuparse extensamente la presente obra, que alcanzará su fin con los esfuerzos unidos de tantos generosos colaboradores que se han prestado para ayudarme á realizarla, consignando en ella por medio del lápiz y la pluma, todo cuanto encierran de importante la capital y los Estados de la República.

Considerada bajo su aspecto material, la México de hoy, está muy diferente de la reconstruida en la época de Hernán Cortés: las aguas del lago se han retirado considerablemente al Oriente y ahora descansa ya la capital en tierra firme; sus calzadas son caminos sólidos y donde bogaron canoas, hoy se siembra; los canales que cruzaban las calles han sido cegados y apenas subsiste el que conduce por las garitas de la Viga y San Lázaro el agua de la laguna de Chalco á la de Texcoco.

Ninguna torre ha quedado en las casas que las tuvieron; han desaparecido las ventanas moriscas, las troneras y saeteras; los muros macizos carcomidos por el tiempo y ensalitrados, fueron derribados construyéndose casas de aspecto muy diferente conforme al gusto moderno y á las nuevas necesidades. Con el aumento de la poblacion fué preciso disminuir la extension de las habitaciones, aumentar los pisos y reducir el tamaño de los patios, suprimir las cuadras espaciosas, los jardines y los sembrados; la ciudad se ensancha, hase desbordado sobre los barrios de los indios, desconoce los linderos de la antigua traza y avanza hácia el Poniente en busca del agua y de mas benigno clima. Las ruinas han sido trasformadas en nuevas habitaciones, las grandes cercas hánse reducido en muchas partes y en su lugar se han levantado preciosos edificios.

En tres siglos y medio nada ha quedado en pié de lo antiguo, los edificios mas fuertes y sólidos han sufrido modificaciones importantes y aun cambiado de lugar ó de uso.

El sello de aquella época tambien ha desaparecido en nuestra educacion: las escuelas y colegios establecianse en los primeros siglos mas bien para formar cristianos que científicos, y aun atendidas las circunstancias de la época, no puede ménos que considerarse mezquina la educacion recibida en los siglos XVI y XVII, en los que, por raro fenómeno, fueron precisamente planteados pensamientos de carácter grandioso, buscándose la utilidad, la solidéz y la duracion, segun lo atestiguan los acueductos, la Catedral y el desagüe.

En el siglo XIX han recibido grande impulso las escuelas y los colegios; al lado de la enseñanza antigua apareció la científica; les templos tienen decoraciones de buen gusto; no ha quedado ninguna traba para seguir las carreras literarias, la instruccion primaria se derrama en el pueblo y se procura que el saber pertenezca á todos; fúndanse planteles para socorrer á los menesterosos; las artes reciben impul-